

COMUNIDAD Y FRATERNIDAD

CARLOS MORÁN FERNÁNDEZ, OSA

“No hay amistad verdadera, sino entre aquellos a quienes tu, Señor, unes entre sí por medio de la caridad, derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado” (Confesiones 4, 4, 7).

El modelo alternativo que presenta Agustín de Hipona a la vida en comunidad-fraternidad, contrasta fuertemente con los modelos de sociedad en los que se han basado las relaciones en muchos grupos humanos. O el colectivismo a ultranza, donde los derechos humanos quedan anulados en beneficio de lo común, o el modelo liberal extremadamente individualista, no dando cabida en las relaciones humanas a la presencia del otro en mi existencia, viendo solamente el lado negativo del sentido del otro como amenaza constante a mi libertad (*Sartre*).

Estos extremos se han venido repitiendo desde siempre. A ellos intentan responder ciertos autores cristianos, insistiendo en las exigencias de respeto a lo personal en camino de construcción de una comunidad de personas responsables y libres. La referencia y fundamento es el mensaje de Jesús, al que se han venido ateniendo todos los que han intentado construir modelos de sociedad donde el individuo y la comunidad no sean adversarios irreconciliables, sino complementos normales de la vivencia de la persona como ser relacional.

De Agustín se ha dicho que es el primer pensador moderno (*Przywara*), porque llama a la persona a desarrollar todas sus potencialidades al servicio de lo común y también aboga por lo común como medio vital donde el ser humano puede llegar a recuperar sus mejores cualidades y perspectivas personales. Y es que bebe en las mejores fuentes del pensamiento de siempre, como es el Evangelio y la cultura greco-romana y de ese encuentro surge la forma más idónea de entender el paso del yo al nosotros en las coordenadas históricas en las cuales el ser humano va realizando su existencia.

A su vez, Agustín entronca muy bien con los personalismos de nuestro tiempo, ya que quiere recuperar al sujeto en su dimensión tanto individual como comunitaria. La comprensión de la persona humana como ser consigo mismo, en el mundo, con los otros y ante el Misterio que le envuelve, son las dimensiones del sujeto en camino de asumir su existencia en una línea integradora.

No puede prescindir de su realidad subjetiva de persona, ni de la realidad del otro en su proyecto comunitario, ya que indicará cómo la confesión bíblica del hombre creado a imagen de Dios, le ofrece posibilidades de integrar la dimensión humana y la divina en un proyecto totalizante, que llegará a tener en Jesús, el Cristo de Dios, el modelo por antonomasia en el desarrollo personal en camino hacia Dios.

Aquello del otro como el compañero de los destinos de mi libertad (*Marcel*), encuentra en la antropología de san Agustín su mejor expresión en el caminar abierto a la Verdad, que ha llegado a la historia y se va apareciendo de forma progresiva en los avatares de la misma.

Cristo, el universal concreto, lugar de referencia obligado para todo aquél que desde lo humano y desde la fe asume al hombre en su totalidad.

Y a otro interrogante responderá también el proyecto de fraternidad agustiniano. Asumiendo lo humano y potenciándolo en su plenitud, se encuentra con que necesita de un recurso trascendente. Si el Espíritu no se hace presente en ese proceso de construcción de vida en común, es muy difícil, por no decir imposible, ir realizando esa utopía que habla de colocar el bien común sobre el propio y poder entender que sólo allí donde ese espacio humano, personal y comunitario, es habitado por la Trinidad, cambia el signo de las relaciones humanas (cf. *Vida Consagrada*).

Por esto vamos a seguir a san Agustín en el desarrollo orgánico de su teoría de la fraternidad, aplicado a todo creyente cristiano, por el hecho de serlo y como proyecto de vida en común, aplicado a los cristianos que han optado por una forma concreta de vida cristiana. Ya Juan Pablo II decía en *Vida Consagrada*, 54: "Se puede decir que se ha comenzado un nuevo capítulo, rico de esperanzas, en la historia de las relaciones entre personas consagradas y el laicado".

LA COMUNIDAD-FRATERNIDAD CRISTIANA ES COMUNIÓN DE VIDA

Cuando Agustín de Hipona proyecta llevar adelante el ideal de la comunidad que Lucas presenta en los *Hechos de los Apóstoles* 4, 32-35, formada por grupos de cristianos que intentan vivir el Evangelio en su más genuina radicalidad, se encuentra de entrada ya con un conjunto de presupuestos de vivencia en común, no solo de tipo exclusivamente cristiano, sino también decididamente humano. Conocía las escuelas filosóficas y sabía que unos y otros sólo consiguen ir realizando su ideal de "ocio filosófico", viviendo en común y de lo común, cercanos al maestro que es quien anima dichos grupos.

Por otra parte, no es tan ajeno al sentido de Iglesia y de práctica comunitaria eclesial. A través de su testimonio personal sabemos que en la infancia frecuentaba la iglesia con su madre Mónica y sabe del significado de una fraternidad eclesial, al menos por la práctica de las reuniones litúrgicas. Cuando después de su ajetreada vida de juventud, pasando por múltiples experiencias ideológicas (*escepticismo* y *neoplatonismo*) y pseudo religiosas (*maniqueísmo*) y al contacto con Ambrosio se familiariza con la Católica, como la suele llamar él, entonces se da cuenta de que aquél ideal fracasado, que nos narra en las *Confesiones*, motivado sin duda por la lectura del Hortensio de Cicerón y la praxis de las escuelas filosóficas, era posible realizarlo tras su conversión a una forma de vida de dedicación total a la causa de Dios y del Evangelio:

"Por otra parte, un grupo numeroso de amigos teníamos pensado, después de comentar las azarosas contrariedades de la vida humana, vivir en un ocio tranquilo, apartados de la masa. Ya casi lo teníamos decidido. Este ocio lo habíamos programado de la manera siguiente: todos nuestros bienes los pondríamos en común, formando un patrimonio único, de modo que, en virtud de la sinceridad que supone la amistad leal, no hubiera cosas de éste ni cosas de aquél, sino que todo fuera de todos y de cada uno..." (*Confesiones* 6, 14, 24)

El contacto frecuente con el obispo de Milán le ha ido abriendo su interior a una mejor comprensión de lo que significa el misterio cristiano de salvación y el alcance de la vivencia del mismo en la vida de cada día. Especialmente le ha introducido en la dinámica de la significación del sentido de la creación de Dios, como primer momento y don del creador a su criatura y del sentido de la realidad divina que, saliendo de su anonimato, llega al mundo y al hombre, dejando impresa su imagen en aquél que puede llegar a relacionarse con Él y con los otros humanos. Y se llega a dar cuenta de que es posible realizar proyectos de vida en común basados en la fraternidad universal, en esa gran casa de los hijos de Dios que es la Iglesia, como continuadora de la obra de Cristo y de la acción de su Espíritu.

Todo esto nos lleva a comprender mejor cómo un análisis del sentido de la comunidad-fraternidad cristiana, tiene que pasar por entender esta realidad insertada en el misterio de comunión que es la Iglesia.

En realidad, la Iglesia es esencialmente misterio de comunión, “*un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*” (San Cipriano, *Sobre la oración del Señor*, 23)” (cf. *Lumen Gentium* 4). “*La vida fraterna quiere reflejar la hondura y la riqueza de este misterio*” (*Vida Consagrada* 41)

Los últimos documentos del Magisterio, cuando se detienen a describir lo que son las comunidades cristianas y por extensión las comunidades religiosas, insisten en algunos puntos que conviene detenerse en su análisis, para llegar a una mejor comprensión de lo que significa la fraternidad cristiana y la comunidad religiosa.

Basándose en la Constitución sobre la Iglesia del Vaticano II, *Lumen Gentium*, la Exhortación Apostólica *Vida Consagrada* define la comunidad religiosa como “*espacio humano habitado por la Trinidad*” y esta realidad se concreta en modalidades distintas de vida en común en la comunión eclesial (n. 41). A su vez, sigue indicando el documento, “*la participación en la comunión trinitaria puede transformar las relaciones humanas, creando un nuevo tipo de solidaridad*” (n. 41). Y ella misma, la comunidad religiosa, más que medio para la misión, es en sí “*espacio teologal*” en el que se puede experimentar la presencia mística del Señor resucitado (cf. *Marcos* 18, 20) (n. 42).

Esto nos demuestra que, la comunidad cristiana y por tanto la comunidad religiosa, primero es comunidad, es decir “*espacio humano*”. Realización por tanto de la dimensión social de la persona, el ser-con-los-otros. Hasta aquí podemos entender que se identifica con cualquier tipo de comunidad. Está sujeta a las mismas leyes sociológicas, con su código de relaciones humanas comunes, dando cabida a una experiencia de amistad intensa y compartida y madurando en su realización de una forma progresiva según leyes psicosociológicas concretas.

Pero hay que insistir en lo que identifica este tipo de sociedad religiosa cristiana, frente a cualquier otra sociedad o comunidad o fraternidad, al concretar que es “*espacio humano habitado por la Trinidad*”.

El Vaticano II indica que la vida religiosa pertenece a la Iglesia, decididamente a su vida y a su santidad, y que debe colocarse en el centro de

la misma vida eclesial (cf. *Lumen Gentium* 44d). Por tanto, participa del misterio mismo de la Iglesia en la definición que de ella ofrece la *Lumen Gentium*.

Nos encontramos con la mejor definición de la comunión eclesial, como signo distintivo de la Iglesia. Esa capacidad de relación del ser humano, como imagen de Dios, siente su plenificación al ser invitado a entrar en la vida trinitaria que, básicamente es comunión también. El documento *La Vida Fraterna en comunidad*, siguiendo la Constitución *Gaudium et Spes* indica: “*El Dios Creador, revelado como Amor, como Trinidad y comunión, ha llamado al hombre a entrar en íntima relación con Él y a la comunión interpersonal, o sea a la fraternidad universal*” (n.9).

Hallamos aquí la explicación más nítida del misterio de la fraternidad cristiana y de la expresión concreta en la comunidad eclesial y religiosa.

Esta comunión originaria se fue deteriorando en el exordio de la humanidad y el Padre, en su designio de salvación, envía al Hijo para transformar de nuevo, a través de su misterio pascual, esas relaciones deterioradas, en relaciones de nuevo fraternales, bajo la fuerza del Espíritu, que es Espíritu de comunión del Padre y del Hijo (*Efesios* 2, 14,16), e iniciando experiencias concretas de comunión en la vida comunitaria de las comunidades iniciales cristianas(cf. *Hechos* 4, 32- 35).

La misma presencia del Espíritu construye esa unidad orgánica dentro de la comunión eclesial en el mismo Cuerpo de Cristo: “*Él unifica la Iglesia en comunión y en el ministerio, la coordina y la dirige con diversos dones jerárquicos y carismáticos que se complementan entre sí y la hermosea con sus frutos*” (*Vida fraterna en comunidad* 9).

Sobre este misterio de comunión eclesial, las fraternidades cristianas se van construyendo progresivamente y en su momento también las comunidades religiosas, que quieren ser reflejo de esta misma realidad misteriosa y de comunión.

Agustín de Hipona tiene presente esta realidad evangélica y eclesial y va a ir dando su impronta especial en la proyección de sus grupos, insistiendo en sus reflexiones en la unidad que se da entre la vivencia de la fraternidad cristiana universal y los grupos comunitarios de especial consagración.

DIMENSIÓN HUMANA DE LA COMUNIDAD-FRATERNIDAD

El documento *La vida fraterna en comunidad* hace alusión a múltiples textos evangélicos y paulinos en los que se insiste en la colaboración de la gracia con el esfuerzo personal en la vivencia y en la construcción de la comunidad (cf.26). A su vez, recuerda algunos valores humanos fundamentales en la vivencia de la comunidad-fraternidad: “*educación, amabilidad, sinceridad, control de sí, delicadeza, sentido del humor y espíritu de participación*” (*Id.* 27). Otros documentos insisten a su vez en la alegre sencillez (*Evangelica Testificatio* 39), la sinceridad y la confianza mutuas (*Decreto sobre la renovación de la vida religiosa* 14), la capacidad de diálogo (*Código Derecho Canónico* c.618), la adhesión sincera a una benéfica disciplina comunitaria (*Evangelica Testificatio* 39).

Agustín, basado en el fundamento insustituible de la vivencia de lo teológico en la expresión de la fraternidad, también tiene en cuenta que el sujeto debe poner de su parte los medios para llevar adelante un equilibrio en

la vivencia de la comunidad y fraternidad entre este aspecto y el esfuerzo humano. La comunidad tiene un componente humano insustituible, ya que está formada por personas sujetas a condicionamientos psicológicos, sociológicos, culturales y demás. En repetidas ocasiones insiste en el significado de esta base humana. Precisamente en el proyecto que presenta de vida en común antes de su conversión, se detiene en el aspecto central que intenta potenciar en sus grupos: la dimensión de la amistad, como base humana en la vivencia comunitaria (cf. *Confesiones* 6, 14, 24).

La orientación del amor en la vida es lo que motiva el sentido de la existencia: “cada uno vive según aquello que ama” (*La Trinidad* 13, 20, 26). Llega a decir que lo único que deseaba en los primeros momentos de sus tiempos de estudiante en Cartago era el “amar y ser amado” (*Confesiones* 3, 1, 1). Pasará por la experiencia del amor cuasimarital compartido, teniendo un hijo como fruto del mismo (cf. *Confesiones* 6, 15, 25). A su vez, describe con lágrimas en sus ojos la muerte de su madre Mónica (cf. *Confesiones* 9, 29 y ss.). Por otra parte, sabemos cómo esta preocupación por lo común y las relaciones humanas pertenecía a su propia constitución psicológico-espiritual. Su insistencia en la amistad a través de su trayectoria vital, le mueve a buscar siempre la compañía de sus más íntimos compañeros (cf. *Confesiones* 4, 4, 7).

En su formación cultural y filosófica detectamos en repetidas ocasiones, lo que va presentando sobre su sentido de la amistad ya desde los primeros momentos de su biografía. No en vano había leído y estudiado a los grandes hombres del saber, tanto griegos como latinos, y había bebido en las fuentes más genuinas del pensamiento. Estos colosos del pensamiento filosófico fundamentaban en la amistad la preocupación por la búsqueda y vivencia de la sabiduría y de la verdad, como medio imprescindible en el diálogo comunitario filosófico y punto de unión de las personas que tenían como motivo de su existencia el buscar modos de vida apropiados para el hombre en el mundo.

Sabía Agustín que “*nunca hay una filosofía ni filósofos fuera de un grupo, de una comunidad, en una palabra, de una ‘escuela’ filosófica y, precisamente, esta última corresponde entonces, ante todo, a la elección de cierta manera de vivir, a cierta elección de vida, a cierta opción existencial, que exige del individuo un cambio total de vida, una conversión de todo el ser y, por último, cierto deseo de ser y de vivir de cierto modo*” (HADOT, P., *¿Qué es la filosofía antigua?*, México 1998, p. 13).

Nos narra en repetidas ocasiones – como puede verse en el número que el P. Teófilo Viñas dedica a “*La amistad en San Agustín*” en esta misma colección de CUADERNOS DE ESPIRITUALIDAD AGUSTINIANA – sus experiencias de amistad, basado en las enseñanzas recibidas de los filósofos que frecuentó en la etapa de estudiante.

Sin embargo, Agustín asume el pensamiento clásico sobre la amistad y le da el matiz cristiano, motivando la finalidad de la misma: “Nadie puede ser con verdad amigo de otro, si no lo es primero de la verdad misma” (*Carta* 155, 1). Y es que sabía que: “Tus pies son tu amor. Debes tener dos pies para no ser cojo. ¿Cuáles son estos dos pies?. Los dos mandamientos del amor. El amor de Dios y el amor del prójimo. Corre con estos dos pies hacia Dios” (*Comentarios a los Salmos* 33, 2, 10).

A su vez de Alipio, su mayor amigo ya desde los primeros años, dirá: “Me quería mucho, por tener en buen concepto mi bondad y mi preparación académica. Yo también sentía aprecio por él, debido a su

gran personalidad y a su fondo de virtud, bastante sobresaliente para su pocos años” (*Confesiones* 6, 7, 11).

Y esto es lo que pretende con el proyecto de vida en común, una vez que tomó la opción de vida por Dios y el Evangelio, como dedicación total de su existencia (cf. *Confesiones* 8, 12, 30). Hasta tal punto, que en su primera reflexión en Casiciaco a la pregunta que le hace la razón del por qué desea vivir en común con sus amigos, no tendrá otra respuesta que: “Para buscar en mutua concordia el conocimiento de Dios y del alma. De este modo los que primero llegasen a la verdad, podrían comunicarla sin trabajo a los otros” (*Soliloquios* 1, 12, 20). El diálogo comunitario compartiendo los dones de Dios en la comunidad.

Este va a ser el aspecto central que configurará el modo de vida agustiniano. La unión en Dios de almas y corazones amasados por la caridad, fruto del Espíritu, desde la más profunda realidad humano cristiana. En virtud de la amistad, transformada por la acción del Espíritu en caridad, todo se va a poner en común y de muchas almas se va a formar una sola, que será la única alma de Cristo, como nos dirá en otro momento.

Esta experiencia de la fraternidad cristiana ya había llamado la atención a Agustín, camino de Tagaste, al observar la vida de las comunidades iniciales monásticas en Roma: “Es la caridad la que se observa principalmente entre sí; es la que regula su alimento, sus palabras, vestido y semblante, y les une y les concierta, y su violación es a sus ojos ofensa del mismo Dios. Arrojan lejos de sí y rechazan todo lo que podría serle obstáculo; lo que la hiere no puede durar un solo día. Todos saben que Jesucristo y los apóstoles de tal modo la recomiendan, que, si ella sola falta, todo es vacío y nada, y si ésta existe, hay plenitud en todo” (cf. *Las costumbres de la Iglesia y las de los maniqueos* 1, 33, 73).

Comentando a San Pablo en *Romanos* 5, 5 y 13, 10 dirá que: “Se difunde en el corazón la caridad de Dios, por la que se logra la plenitud de la ley; pero no por las fuerzas de la libertad que tenemos nosotros, sino por el Espíritu que se nos ha donado” (*Carta* 82, 2, 20). De ahí surge la unanimidad y la concordia en la comunidad y llevará a honrarse y respetarse mutuamente (cf. *Regla a los siervos de Dios* 2)

La caridad se desarrolla en la vida ordinaria a través del llevar mutuamente las cargas los unos de los otros (cf. *Gálatas* 6, 2). El llevar las cargas los unos de los otros significa el ayudarse a superar las imperfecciones personales mutuamente, con el fin de llegar a un cierto progreso en las relaciones humanas (cf. *Comentarios a los Salmos* 99, 9) y en la práctica del apoyo en el trabajo y en las dificultades, teniendo como ejemplo el seguimiento de Cristo (cf. *Ochenta y tres cuestiones diversas* 71, 1-7) y, a su vez, también en la capacidad del perdón mutuo (*Regla* 10).

En torno a este centro del amor manifestado a través de la amistad, transformada por la acción del Espíritu, concentrará Agustín toda su construcción monástica, insistiendo en la identidad cristiana, como elemento clave del ideario comunitario agustiniano.

PARA EL DIÁLOGO

- ¿Qué valores humanos crees que deben estar presentes en la vivencia de la comunidad - fraternidad presentada por San Agustín?.

- ¿Se podría concebir una fraternidad agustiniana insistiendo sólo en la amistad?
- ¿Cómo describir el ideal de la vivencia de la comunidad - fraternidad agustiniana?

LA IDENTIDAD CRISTIANA DE LA FRATERNIDAD-COMUNIDAD

Dice la Exhortación Apostólica *Los fieles cristianos*: " Para describir la figura del fiel laico consideraremos ahora de modo directo y explícito -entre otros- estos tres aspectos fundamentales: el bautismo nos regenera a la vida de los hijos de Dios; nos une a Jesucristo y a su cuerpo, que es la Iglesia; nos unge en el Espíritu Santo, constituyéndonos en templos espirituales" (*Los fieles laicos* 10).

San Agustín, en sus diversos escritos al pueblo y en sus homilías, insistía con mucha frecuencia en este sentido de fraternidad, que lleva a vivir en la comunidad religiosa, como forma concreta de existencia cristiana. Y se da cuenta de la identidad propia de estas fraternidades cristianas, diferentes de cualquier otra asociación, al añadir en el texto de *Hechos* 4, 32, la motivación del "tener un alma sola y un solo corazón en Dios". Es sintomática la importancia que da continuamente a esta motivación en la vivencia en comunidad. Su preocupación central se concretará en, una vez abandonada toda esperanza terrena,"... dedicarnos totalmente a la búsqueda de Dios y la vida feliz " (*Confesiones* 6, 11, 19). No en vano el proceso de su conversión desembocará en esa entrega total a Dios (cf. *Confesiones* 8, 12, 30).

En una de sus obras primerizas de Casiciaco, los *Soliloquios*, indica que sólo le preocupan en ese momento de su existencia dos cosas: *Dios y el hombre* (cf. *Soliloquios* 1, 2, 7). Lo expresa en una bella oración, propia de quien ha llegado al puerto tras una escabrosa travesía: " Yo te amo a Ti sólo, a Ti sólo busco, a Ti sólo sigo, a Ti sólo estoy dispuesto a servir, porque sólo Tu dominas con justicia; Tuyo deseo justamente ser. Manda te ruego, e impera cuanto quieras, mas sana y abre mis ojos con los que oiga tus voces" (*Soliloquios* 1, 1, 5). Y Nebridio, su íntimo amigo, se propone como testigo de esta realidad que viene indicando: "Yo clamaré, yo daré testimonio de que tú amas a Dios, de que deseas servirle y unirte a Él" (*Carta* 5).

Dios se convertirá en el patrimonio común de todos aquellos que quieran venir a convivir con él y no deben aspirar a otra herencia, sino Dios mismo (cf. *Sermón* 355, 2. 3. 6). Esta misma dedicación la exige para los consagrados de forma definitiva, por ejemplo las vírgenes, dedicadas a Dios en piadosa continencia (cf. *La virginidad* 11,11). Y así se convierten en servidores de Dios (cf. *Confesiones* 9, 4, 7) y servidores de la Iglesia (cf. *El trabajo de los monjes* 29, 37).

Pero Agustín sabe que este proyecto de vivir la comunión está enraizado en el Dios que básicamente es relación, es comunión trinitaria. De aquí el alcance de sus afirmaciones que llevan el sello de la multitud y de la unidad, ya que la Trinidad básicamente es esto. El deseo de Jesús que todos lleguen a ser uno con el Padre y el Espíritu (cf. *Juan* 17, 21), lo va a ir desarrollando, consciente de que la motivación última del vivir en comunión, surge precisamente de esta realidad relacional trinitaria: "Probad cómo se nos

recomienda la unidad. Ciertamente que nuestro Dios es Trinidad. El Padre no es el Hijo, el Hijo no es el Padre, el Espíritu Santo no es ni el Padre ni el Hijo, sino el Espíritu de ambos. Y sin embargo no son tres dioses, ni tres omnipotentes, sino un solo Dios omnipotente, la misma Trinidad un solo Dios. Porque el uno es necesario. A este uno no nos conduce, si muchos no tenemos un solo corazón” (*Sermón 103,4*).

El camino para poder conseguir esa unidad, ideal de todo creyente cristiano y de cualquier tipo de comunidad cristiana, viene mediatizado por la incorporación a la vida misma de Dios Trinidad, en que ya había insistido anteriormente (cf. *Carta 238, 2, 3*). A su vez, también la vivencia de la paz es la consecuencia lógica que surge del mismo misterio Trinitario y hace partícipes de ella a todos los que se colocan bajo su influjo.

Conviene detenerse en la secuencia del pensamiento de Agustín, dado que siempre insiste en sus reflexiones, cuando habla de la unidad en la comunidad trinitaria, en que esa misma unidad es la que debe estar presente en la comunidad humana y cristiana. Parte siempre de la diversidad de personas en la Trinidad, para pasar a la constatación de la unidad que conforman todas ellas. Su explicación de *Hechos 4, 32-35*, se centra básicamente en esta constatación. Si en tantos cristianos pudo el Espíritu y su caridad realizar la unidad, hasta llegar a tener un alma sola y un solo corazón, ¿qué no hará la excelsa caridad que reina entre las tres divinas Personas?. Expresa este pensamiento de la siguiente manera: “Y vino sobre ellos el Espíritu Santo por el que se derrama en los corazones la caridad. Y ¿qué se dijo de tantas almas? Tenían un alma sola y un solo corazón. Tantas almas, una sola alma; no por naturaleza, sino por gracia. Si tantas almas por la gracia que desciende de arriba fueron hechas una sola alma, ¿te maravillas de que el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo sean un solo Dios?. Así, pues, hermanos míos, mantened la fe fortísima, integérrima y católica” (*Sermón Guelf. 11, 5*)

Precisamente también en la explicación de la vida de las comunidades narrada en los *Hechos*, insiste en la explicación de cómo en virtud de la gracia que ha sido derramada en los creyentes, llegaron a vivir esa comunión en la comunidad desde la unanimidad y la concordia (cf. *Carta 211, 2*).

Es de notar que en los comentarios que realiza a estos textos de *Hechos*, basándose en la fundamentación teológica, lo aplica la mayor parte de las veces a todos los cristianos, no explícita ni exclusivamente a los religiosos. También es verdad que al explicar el ideal de los consagrados, recurre a la fuerza de la gracia en la opción que han podido dar para compartir la vida en la comunidad: “Esos son los hijos de la promesa, los elegidos que por elección de la gracia serán salvos... De estos hace el Espíritu Santo un alma sola y un solo corazón” (*Carta 186, 7*).

Y aprovecha el santo para invitar a sus compañeros a preocuparse de la formación bíblica y teológica, para una más consciente práctica ascética del ideal comunitario y para poder comunicar a los demás la enseñanza de Cristo y los suyos, incitándoles a luchar y trabajar en la vivencia de la comunidad eclesial por alcanzar todos ese ideal del que Lucas ha hecho partícipes a todos los cristianos (cf. *Carta 21, 3-4; Vida de San Agustín escrita por San Posidio 3*).

Esta misma dedicación a Dios la pide Agustín para todo bautizado: “...el bautismo en Cristo significa únicamente la semejanza en la muerte de Cristo” (*Manual de fe, esperanza y caridad 52, 14*). Se muere para el mundo, para

vivir en Dios (*La ciudad de Dios* 10, 6). "...aquellos que son bautizados en su muerte, mueren al pecado para vivir para Dios" (*Debate con Maximino, obispo arriano* 1, 2).

La unidad que pide Jesús para todos los cristianos no es una unidad cualquiera, sino la unidad radicada en el mismo misterio de Dios, que es Trinidad. Y esa unidad es significativa, sorprendente, como los signos liberadores de Dios y de Cristo. Cuando los que veían a los primeros cristianos comentaban "habéis visto cómo se ama esta gente", se estaba haciendo realidad la plegaria de Jesús al Padre "*para que el mundo crea que tu me has enviado*" (*Juan* 17, 21).

Por esto puede concluir el documento *Vida Consagrada: "La participación en la comunión trinitaria puede transformar las relaciones humanas, creando un nuevo tipo de solidaridad"* (n. 41). Estas afirmaciones las podemos extender a todas las comunidades cristianas, ya que se sienten movidas por el idéntico principio trinitario.

De hecho el misterio trinitario consiste en que tres personas (diferentes, distintas y libres), son un solo Dios. El misterio de la comunidad cristiana y religiosa, consiste en que varias personas (diferentes, distintas y libres) viven en una comunión tan íntima, que forman un solo corazón y una sola alma en Dios. Dios ahí está creando fraternidad.

La teoría y la experiencia agustiniana de comunidad confirman estos aspectos. El ideal agustiniano de vida en común se basa precisamente en unos principios, que vienen parte de ellos del campo de la filosofía, con una fuerte carga teológica, y que se cifran en *el principio de interioridad*, llamando a detectar la dignidad de la persona humana en su más honda expresión, encontrando en su interior la presencia de la Verdad, a través de un proceso de reflexión personal (cf. *La verdadera religión* 39, 72). Añadiendo, posteriormente, *el principio de comunidad*, ampliando esa experiencia de interioridad a toda persona, constatando en su vida también la presencia de Dios, reflejada en ella misma, como imagen que es de Dios mismo (cf. *La Trinidad* 14, 14, 18).

En la línea agustiniana quedan siempre a salvo tanto la dimensión personal, la persona como sujeto libre y consciente, como la dimensión social de comunión, constitutiva de las mejores aspiraciones personales y expresión de la comunión del amor, transformado por la fuerza del Espíritu y afianzando la unidad. De esta forma, la vivencia de la fraternidad cristiana adquiere caracteres que rayan en el ideal de la comunión trascendente, que se concretiza en la vida de la comunidad eclesial, como expresión de la comunión cristiana fraterna. Habrá que extraer las consecuencias en la praxis cristiana y, como contrapartida, en la vida de la comunidad religiosa.

VIVIR LA IGLESIA EN LA FRATERNIDAD Y EN LA COMUNIDAD AGUSTINIANAS

La fraternidad y la comunidad, teniendo como principio de cohesión dinámica la acción del Espíritu de Pentecostés, son sin duda un don para la Iglesia y la humanidad. En repetidas ocasiones el mismo Agustín insiste en que la caridad es difundida por el Espíritu Santo en el cristiano, comentando a Pablo en *Romanos* 5, 5 (*Exposición sobre la carta a los Romanos* 26) y a través de su influjo se llega al cumplimiento de la ley, según *Romanos* 13, 10

(*Exposición sobre la Carta a los Romanos* 75). Hay múltiples preceptos y todos ellos quedan reducidos a la caridad, ya que ella es el cumplimiento de la ley (*Comentarios a los Salmos* 98,3).

Es precisamente la acción del Espíritu quien dinamiza la vivencia de la fraternidad en los grupos cristianos, ya que él lleva a plenitud la ley (*El espíritu y la letra* 4, 6). Y en otro momento explicitará este pensamiento indicando: “La plenitud de la ley no es sino la caridad y la caridad se derrama en nuestros corazones, no por nosotros mismos, ni por las energías de la propia voluntad, sino por el Espíritu Santo que se nos ha donado” (*Carta* 82, 2, 20). Esto le lleva a la exposición que realiza en torno a la dignidad de la persona humana ya desde su origen, pero especialmente a partir de la presencia del Espíritu que transforma al creyente y lo hace templo del Espíritu (cf. *Regla a los siervos de Dios*, 2).

Comentando el salmo 132, se pregunta Agustín si se refiere ese “*qué bueno y feliz es vivir los hermanos en unidad*” a todos los cristianos, o solamente a algunos (cf. *Comentarios a los Salmos* 132,1). Contesta que se refiere a todos los cristianos. Lo han oído muchos y a la voz de ese salmo también surgieron los monasterios (*Id.* 132, 2). Esta unidad figuraba la unidad de la Iglesia (*Id.* 132, 6). En última instancia es la unidad en Cristo, el Cristo total, la cabeza y los miembros, como indicará posteriormente (*Id.*132, 7).

Cristo, cabeza, envía el Espíritu y aquellos a quienes llega, les hace vivir en unidad. Por tanto la unidad se realiza plenamente en Cristo y bajo la acción de Pentecostés sigue esa unidad realizándose en la Iglesia, ya que de Cristo descende el Espíritu y se configura la Iglesia y en ella los monasterios (n. 9). De esta forma la vida monástica se convierte ante el mundo en signo de la unidad de la Iglesia y de todos en Cristo.

Cristo envía el Espíritu en primer lugar a los apóstoles, infundiéndoles la fuerza y haciéndoles fuertes para la misión y el testimonio de la fe (n.9). Y ese don del Espíritu llega también a los posteriores, es decir a los mártires, a los que padecieron persecución y también a los monjes. De esta forma, aquellos que se reúnen a vivir en comunidad tienen la única alma, que es la de Cristo. Dirá expresamente Agustín: “De esta manera tu alma no es propia tuya, sino de todos los hermanos; cuyas almas también son tuyas; o mejor sus almas con la tuya no son varias almas, sino una única alma, la única alma de Cristo...” (*Carta* 243, 4).

Este pensamiento agustiniano sobre el significado de la unidad en la fraternidad cristiana y en la comunidad religiosa, se ha llegado a explicitar de una forma inequívoca en sentido eclesiológico, como comunión compartida. De aquí que entre en una dinámica de comprensión de Iglesia, donde el modo de vida de los cristianos puede realizarse en múltiples formas. Partirá de la unidad en el Cristo total, donde el Espíritu juega el papel de animar la comunión de corazones y se expresa en la fraternidad de todos los cristianos, estructurando la comunidad eclesial y extendiéndolo a otros carismas diferentes, que se hacen presentes en la vida de la Iglesia, bien sea en el ministerio sacerdotal o también en la fraternidad en la vida consagrada.

Llegado a este momento nos podemos preguntar: ¿Qué significa en la visión agustiniana el habitar en la Iglesia y el ser Iglesia?. Habla Agustín de que algunos están en la Iglesia sólo en cuanto al cuerpo, no en cuanto al alma (*Comentarios a los salmos* 132, 12). Sólo saben habitar en unidad, aquellos en

quienes se halla la gracia de Cristo y eso se manifiesta en la praxis de la fraternidad y de la comunidad. En quienes no habita la caridad, aparece la murmuración, el odio, la turbulencia, la discordia y la división (*Comentarios a los Salmos* 132,12). Pero para poder llegar a esa unidad concorde se necesita “hacer un solo hombre, o sea muchos cuerpos, pero no muchas almas; muchos cuerpos, pero no muchos corazones. Así se dirá con justeza monos, es decir uno solo” (*Id.* 132,6). Es cierto que a esa unidad perfecta sólo llegará al final de la historia, cuando ya todo aparecerá claro y habrá concordancia entre intención y actuación, quedando anulada la hipocresía y la falsedad.

Y presenta también su visión futura de esta realidad que se anticipa aquí en la tierra: “¿Cómo me dirás, habito en el cielo yo, hombre revestido de carne y dado a ella? Precede con el corazón, a donde has de seguir con el cuerpo. No oigas, sordo, arriba el corazón. Ten el corazón en alto y nadie te estrechará en el cielo” (*Comentarios a los Salmos* 132, 13). Se necesita vivir “con el corazón” y “con el cuerpo” en la unidad. El medio para conseguir esa unidad incluso externa en la Iglesia, se centra especialmente en los sacramentos. No obstante se puede estar visiblemente dentro, sin estar con el corazón, ya que no se posee la caridad. Así puede suceder también en la vida religiosa, que se viva en la comunidad sólo con el cuerpo, no con el corazón, si allí no se da la caridad (*Comentarios a los Salmos* 132, 12).

Es consciente de que la hipocresía se puede dar también dentro de la Iglesia en todas las formas de vivencia cristiana: laicos, ministros y religiosos: “Si no queréis engañaros y queréis amar a los hermanos, sabed que toda profesión en la Iglesia tiene sus fingidos. No he dicho que todo hombre es fingido, sino que toda profesión tiene personas fingidas: hay cristianos malos, pero los hay también buenos” (*Sermón* 99, 13). “Hay monjes falsos, pero no perece la fraternidad piadosa por esos que profesan lo que no son” (*Comentarios a los Salmos* 132, 4). Justifica, en parte, la presencia de los malos dentro de la Iglesia, recurriendo a que no iba a ser mejor su comunidad que la de tantos grupos del Antiguo y del Nuevo Testamento, incluso el grupo de Jesús, donde entre doce apóstoles, también hubo un traidor e incluso en el cielo, donde cayeron los ángeles (*Carta* 78, 8). Y el mismo Jesús quiso tener uno a quien soportar (*Sermón* 54, 9).

También la Iglesia está formada por pecadores. Y anota Agustín que no podía ser menos en la vida religiosa, ya que forma parte de la misma. Aboga al realismo crudo en esta consideración del efecto de la falta del don de la gracia y la caridad en algunas personas en la comunión y fraternidad eclesial y también en la vida religiosa: “Os confieso sinceramente delante de Dios, que es testigo de mi sinceridad, desde que empecé a servir a Dios; que difícilmente he encontrado personas mejores, que las que adelantan en el monasterio; pero no las he encontrado peores, que las que en él cayeron, hasta tal punto que pienso que a esto se refiere lo que está escrito en el Apocalipsis: “El justo justifíquese más y el corrompido corrompase más” (*Sermón* 78, 9).

LA ORACIÓN Y LA EUCARISTÍA, SIGNOS DE IDENTIDAD CRISTIANA EN LA COMUNIDAD

Sabemos cómo Agustín inicia su trayectoria de vida cristiana, insistiendo en la expresión de la misma a través de la oración, tanto personal, como comunitaria y litúrgica a través de la recitación de los salmos en Milán (*Confesiones* 9, 6, 14). Esto lo extiende, posteriormente, a sus monasterios (*Sobre el trabajo de los monjes* 17, 20) y deja constancia de ello en la misma *Regla para los siervos de Dios* (cf. 10, 13). Hay que hacer resaltar que para Agustín la oración es una forma de ayudar a la vivencia de la fraternidad y por supuesto de la comunidad religiosa, dado que ahí se actualiza constantemente la vivencia y relación con el misterio de la unidad en la Trinidad, siendo el Espíritu quien inspira todos estos sentimientos y quien actúa en la misma plegaria.

Escribiendo a los monjes de Cartago les pregunta sobre qué es lo que hacen los espirituales, para poner la excusa de que no pueden trabajar: “Dicen ellos que se ocupan en oraciones, salmodias, lecturas y predicación de la palabra de Dios. Santas son esas ocupaciones y laudables en la suavidad de Cristo” (*El trabajo de los monjes* 17, 20). Pero acto seguido les indica que no está reñida la oración con el trabajo manual también: “¿Qué le impide al siervo de Dios durante su trabajo manual el meditar en la ley del Señor y salmodiar en el nombre de Dios Altísimo, con tal que le quede tiempo para aprender de memoria lo que después ha de cantar?” (*Id.*).

Y la mejor salmodia es meditar lo que dice el Señor sobre la necesidad de mantener la unidad y la concordia, que son dones del Espíritu y quizás no tanto el multiplicar las oraciones, dejando a un lado el meditar las enseñanzas del Apóstol.

Resalta el significado del sacramento de la Eucaristía como símbolo de unidad y vínculo de caridad (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan* 26, 13). Citando a *Romanos* 12, 3-6, recuerda el significado del sacrificio eucarístico, como signo del sacrificio de Cristo y como sacrificio universal de la Iglesia: “Este es el sacrificio de los cristianos: *muchos un solo cuerpo en Cristo*. Este misterio la Iglesia también lo celebra asiduamente en el sacramento del altar, conocido de los fieles, donde se le muestra que en la oblación que hace, se ofrece a sí misma” (*La ciudad de Dios* 10, 6).

Ve la relación que se da entre la eucaristía y la expresión de la unidad y la fraternidad en la misma. Estas reflexiones las hace san Agustín dirigiéndose a todos los cristianos y haciendo alusión continua al texto de *Hechos* 4, 32-35. De muchos granos se amasa el pan que es el cuerpo de Cristo (*Sermón* 227) y de muchos racimos se consigue el único vino, que es la sangre de Cristo (*Sermón* 227 y 229). Y sigue diciendo: “Así también nos simbolizó a nosotros Cristo el Señor; quiso que nosotros pertenciéramos a Él y consagró en su mesa el misterio de nuestra paz y unidad” (*Sermón* 272).

“Lo que se ve tiene forma corporal; lo que se entiende posee fruto espiritual. Por tanto si quieres entender el cuerpo de Cristo, escucha al Apóstol, que dice a los fieles: Vosotros sois el cuerpo de Cristo y sus miembros. En consecuencia, si vosotros sois el cuerpo de Cristo y los miembros de Cristo, sobre la mesa del Señor está el misterio que sois vosotros mismos y recibís el misterio que sois vosotros. A lo que así respondéis con el Amén y con vuestra respuesta lo rubricáis” (*Sermón* 272 A). Y concluye Agustín: “Sé miembro del cuerpo de Cristo, para que

sea auténtico el amén. ¿Por qué precisamente en el pan? No aportemos nada personal al respecto y escuchemos otra vez al Apóstol, quien, hablando del mismo sacramento, dice: Siendo muchos, somos un solo pan, un único cuerpo. Comedlo y llenaos de gozo: unidad, verdad, piedad, caridad” (*Sermón 272*).

El afianzamiento en la celebración de la Eucaristía con estos pensamientos sobre la unidad y la paz, refuerza el sentido de la fraternidad en la comunión eclesial y es, sin duda, el remedio y el antídoto para poder permanecer en ella y extenderla por todo el mundo.

PARA EL DIALOGO

- ¿Cómo entender el diálogo comunitario desde la identidad cristiana en la comunidad - fraternidad según Agustín?
- ¿Qué significa decir que la comunidad - fraternidad es comunión eclesial?
- ¿Se puede conciliar la vivencia de la comunidad con el respeto al desarrollo personal en la comunidad agustiniana?

COMPARTIR LA COMUNIDAD Y LA FRATERNIDAD

Esta vivencia de la fraternidad y de la comunidad en el ideario agustiniano tiene como cometido normal el poderla compartir con toda la comunidad humana, dado que el mensaje del Evangelio que intenta interpretar es un mensaje universal. Ya desde el principio de su planteamiento de vida en común tenía claro Agustín que, aquello que los cristianos experimentan en la vida personal en el encuentro con Dios y con las otras personas, deben ponerlo a disposición de la comunidad humana e invitar a compartir con ellos todo lo nuevo que va surgiendo y se va viviendo: “Yo amo la sabiduría por sí misma y las demás cosas, o deseo poseerlas o temo el que me falten sólo por ella: la vida, el sosiego, los amigos. ¿Y qué puede haber en el amor de aquella hermosura, por la cual, no sólo envidio a los demás, sino que deseo multiplicar a sus amadores, para que conmigo la busquen, conmigo la gocen, siendo para mí tanto más amigos, cuanto sea más amada por todos la misma sabiduría” (*Soliloquios 1, 13, 22*).

En otro momento de su itinerario ha dicho que, aquellos que vienen a compartir con él en la comunidad - fraternidad, participan de un patrimonio común y ese es Dios como la mesa común (*Sermón 355, 2. 3. 6*). Aquellos que lleguen antes a un cierto conocimiento de la Verdad y al conocimiento personal, lo pondrán todo en común (*Soliloquios 1. 12, 20*).

Quiere indicar con esto Agustín que, básicamente, el anuncio del mensaje exige de sus comunicadores pasar antes por un proceso de ser evangelizados, experimentando la experiencia de la unión y de la comunión en la fraternidad cristiana, para poderla comunicar a los demás. La unión con Cristo, animada por una vida contemplativa, fruto del proceso de interioridad en el que insiste continuamente en su ideario espiritual, le lleva a la vivencia de la comunidad y su proyección en la comunidad humana.

Por otra parte, es cierto que el ideal agustiniano de contemplación poco a poco va a ir equilibrándose, especialmente cuando es invitado a participar del ministerio apostólico y siente la necesidad imperiosa del darse a los demás,

sobre todo en su ministerio episcopal. El llegará a decir en algún momento: “No antepongáis vuestro ocio a las necesidades de la Iglesia, pues si no hubiese buenos ministros que se determinasen a asistir, cuando ella da a luz, no hubiésemos encontrado medio de nacer” (*Carta 85, 2*).

Es consciente de que la comunidad y las fraternidades que él va estructurando en sus monasterios, tienen como finalidad también el irradiar aquello que han experimentado en la vida concreta. Esa unidad y concordia en los grupos que pedía Jesús, era para que el “*mundo crea que tu me has enviado*” (*Juan 17, 21*). Ese deseo de Jesús es también lo que quiere Agustín que signifiquen los grupos a los que va dando su orientación propia. Ser grupos testimoniales, especialmente en medio de una Iglesia dividida por corrientes cristianas, por ejemplo el donatismo y en una sociedad abierta a múltiples posibilidades de tipo social, cultural, político etc.

Por esto creo que nada mejor, que dejar abierto nuestro análisis con interrogantes, que pueden ser respondidos desde una valoración realista del proyecto de comunidad y fraternidad ofrecido por Agustín con una fundamentación humano-cristiana, y los desafíos y retos que nos ofrecen la sociedad en la que estas fraternidades deben ser testimoniales:

1. ¿El estilo de fraternidad y comunidad proyectado por Agustín, ¿podría presentarse como alternativa en una sociedad liberal y competitiva en la que prevalece el acaparar todo tipo de bienes?.

2. La democratización del poder, donde la corresponsabilidad debe ser el fruto de la vivencia de la comunidad - fraternidad, ¿tendrá alguna incidencia en una sociedad deseosa de prepotencia y de prestigio?.

3. La entrega a lo común y el servicio a los demás, ¿será un desafío que las fraternidades cristiano - agustinianas podrán ofrecer a una sociedad básicamente egoísta y elitista?

4. ¿Es posible conjugar la búsqueda de la unidad, fruto de la amistad, con el respeto a la diversidad, en la realización de una sociedad plural y a veces exclusivista?.

5. ¿Se podría calificar como sobrenaturalista la propuesta agustiniana de comunidad - fraternidad?

6. El ideal de la fraternidad y comunidad implica el esfuerzo por vivir y crear una cultura de la paz: ¿Qué mensaje podríamos comunicar como agustinos en una sociedad amenazada constantemente por la guerra y el terrorismo?

BIBLIOGRAFÍA

Exhortación Apostólica de S.S. Juan Pablo II. *Vida Consagrada*, Roma 1996.

Congregación para los Institutos de Vida Consagrada. *La Vida fraterna en comunidad*, Roma, 1994.

Exhortación Apostólica de S.S. Juan Pablo II. *Los fieles laicos*, Roma, 1988.

Agustinos en la Iglesia para el mundo de hoy. Doc. Capítulo General Intermedio Pubblicazioni Agostiniane. Roma, 1998.

En camino con San Agustín. Fraternidades Agustinas Seculares,
Pubblicazioni Agostiniane. Roma, 2001.

VV.AA., *La Espiritualidad Agustiniana y el Carisma de los Agustinos*.
Pubblicazioni Agostiniane, Roma 1995.

CENCINI, A., *Vida en Comunidad: reto y maravilla. La vida fraterna y la
nueva evangelización*. Sociedad de Educación Atenas, Madrid 1998.

Id. *La vida fraterna. Comunión de santos y pecadores*, Sígueme,
Salamanca 1998.